

ternativa al desgarramiento dualista (que le quita el sueño) entre idealismo/realismo y trascendencia/inmanencia. El punto de partida y la llegada de ese filosofar no-dualista es empírico, en la acepción vivencial del término. Su principio (*arjé*) es radical y de una pulcritud metafísica sólo comparable con algunas filosofías orientales antiguas (por ejemplo, el shaivismo de Cachemira) que apenas estamos en condiciones de saber apreciarlas: “*No hay existencias separadas en sí, hay un mundo de coexistencias, o mejor dicho, la realidad es alteración*” (p. 91). “*La sabiduría es reconocimiento de algo común en mí y lo alterante: ambos somos, existimos en la coexistencia, yo soy lo alterado y juntamente lo alterante al participar de su presencia*” (p. 97).

Este rico filón descubierto por el maestro Samará es émulo de la *Invitación a filosofar*, de García Bacca (que marcara a tantos estudiantes de los años cuarentas en la Facultad de Filosofía y Letras) y de la *Late-ligencia sentiente*, de Zubiri, obras maestras del pensar metafísico.

Algún día se reconocerá la “espiritualidad” de Adolfo Menéndez Samará. Mientras, lo presiento con su parsimonia y sindéresis, la voz poderosa, de barítono, las manos y el rostro alargados, plenos de distinción, comparados por mí, en aquel entonces, con el cuadro del Greco *Cristo abrazado a la Cruz*, del Museo del Prado.

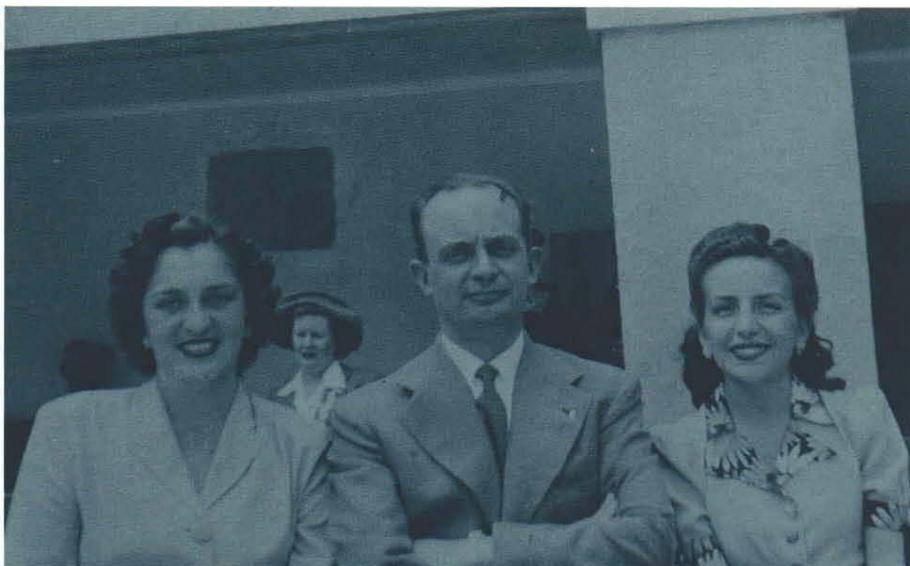
María del Carmen Millán

Héctor Valdés

María del Carmen Millán (Teziutlán, Puebla, 3 de diciembre de 1914-México, Distrito Federal, 1 de septiembre de 1982) fue una maestra ejemplar: supo combinar, en sus labores docentes, el rigor intelectual con el trato amable y afectuoso. Sus cursos eran un gran estímulo para quienes tuvimos la fortuna de ser alumnos suyos. Como profesora de investigaciones literarias cuyas exposiciones eran siempre sabias y amenas, tenía la particularidad de despertar en su auditorio el interés por conocer la literatura más allá de las simples impresiones; establecía un diálogo abierto con sus alumnos, que gracias a ella se interesaron especialmente en el estudio de la literatura mexicana que antes no tenía el lugar preferente que hoy se le da en el Plan de estudios de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas.

Sus clases de literatura mexicana fueron también el punto de partida de muchos trabajos de investigación, hoy convertidos en libros, que

Margarita Quijano y María del Carmen Millán, 1945.



han llenado en buena parte los huecos que antes tenía la historia de la literatura nacional. Muchas generaciones de profesores de letras le deben un caudal de conocimientos que ella, a su vez, aprendió de sus maestros, entre los que hay que citar especialmente a don Julio Jiménez Rueda, cuya biblioteca, donada por él a la Universidad, fue el valioso material de estudio y de investigación con que se fundó el Centro de Estudios Literarios que hoy forma parte del Instituto de Investigaciones Filológicas de nuestra Universidad. María del Carmen Millán fue su primera directora y principal impulsora; de ahí han salido obras de consulta y estudio fundamentales.

La doctora Millán tuvo un interés especial por el cuento escrito en México; habló de él con entusiasmo en sus cursos y publicó una antología de este género literario en la colección SepSetentas, que ella misma dirigía. Allí se encuentran, como un eco de sus cátedras, opiniones autorizadas sobre escritores mexicanos que forman parte de nuestro patrimonio literario.

La labor de maestra de María del Carmen Millán se equipara con la que tuvo como secretaria de nuestra Facultad, cuando ésta era pequeña. Ejerció este deber con firmeza, pero sin autoritarismo; con gran facilidad solucionaba los problemas tanto académicos como administrativos. Pero su labor vital fue la de enseñar, la de mostrar con su ejemplo que el trabajo del maestro es una noble tarea.